

## HISTORIA NATURAL.



EL MEGATERIO.



Es aquí un animal extraordinario hasta lo fantástico, que sin embargo de no existir ya en la naturaleza viviente, no por eso dejan de ocuparse de él los geólogos por la multitud de fragmentos que de él se encuentran.

El megaterio tenía una talla monstruosa, como puede verse por el esqueleto entero, único que existe en Europa, y está en el gabinete de Historia Natural de Madrid, y tiene de 15 á 18 pies de longitud por ocho á diez de eleva-

Segunda serie TOMO III.

ción (1). Su cabeza es semejante á la del perezoso; el *ocioso* se prolongaba por una especie de trompa corta y *musculosa* análoga á la de las musarañas, de la que sin duda *se servía* para hozar la tierra; la mandíbula inferior sostenía *debajo* una gruesa protuberancia, sin duda cubierta por *una especie* de escudo. El lomo y las demas formas *generales eran*

(1) Véanse la descripción y dibujo de este singular *esqueleto* en el Semanario núm. 7 del año de 1836.

13 de junio de 1841.



Las mismas que las del perezoso. Sus pies eran enormes, del grueso de la cabeza, y debía colocarlos oblicuamente, los de delante tenían cinco dedos, dos de los cuales estaban ocultos debajo de la piel y los otros tres muy gruesos, terminados con uñas fuertes y á propósito para escarbar la tierra; los de atrás eran análogos á los del perezoso, pero no tenían mas que una uña de una magnitud prodigiosa. Su cuerpo era macizo y cubierto de bandas escamosas, aunque interrumpido de otras desnudas y cubiertas de pelo; el vientre era grueso, su cola corta y ancha y cubierta como el cuerpo, de escudos escamosos, pero esparcidos y sin formar anillos ni líneas. La hembra tenía las tetas en el pecho, y debía llevar el hijuelo sobre los lomos.

El examen de sus dientes dá á conocer que se alimentaba de vegetales, y principalmente de raíces que extraía de la tierra con su trompa después de haberla escarbado con las uñas, y finalmente debía habitar en las grutas ó cavernas de las rocas.

## DOCUMENTOS CURIOSOS

*inéditos.*

### RELACION

*del tumulto que se levantó en Madrid el año de 1766 reinando Carlos III, y siendo ministro de Estado el marqués de Grimaldi, de nación genovés, y ministro de Guerra y Hacienda el marqués de Squitace, de nación napolitano.*



En el año de 1766 día 10 de marzo, despachó el rey un decreto estando en el sitio del Pardo, en el que mandaba que pena de seis ducados por la primera vez, y doble por la segunda, y desterrado por la tercera, el que usase de sombrero redondo y capa larga (ni gorro ni redecilla en paseo público), sino con sombrero de tres picos y cabriolé ó capingot, y si quisiese usar la capa había de ser no llegando una cuarta al suelo: luego que la plebe oyó este bando, lo llevó muy á mal por dos motivos; el primero por quitarles y sujetarles á mudar del traje nacional acostumbrado, el segundo por quien había motivado esta novedad, pues todos generalmente tenían al causante no la mas pia adocion, porque se creían despreciados y burlados los españoles con poner los sombreros de tres picos y las capas cortadas: llegó á tanto el horror y encono, que determinó el populacho fijar un cartel que amaneció puesto en la puerta de Guadalajara, amenazando al ministro, diciendo en él como estaban prevenidos hasta tres mil y mas hombres para levantamiento; cuyo cartel se quitó por la justicia, y se quedó esto en tal estado, y los ministros de justicia seguían á sacar multas á los que veían con las capas largas, llevándolos á la cárcel, y se las hacían cortar. Viendo esto el pueblo todo era corrillos por las calles, hasta que llegó el domingo de Ramos día 23 de marzo que ya estaba el rey en Madrid (había venido el día antes del Pardo), en el que tomaron la determinación de levantar el motin, para cuya dirección y gobierno formaron los que le componían las constituciones siguientes:

*Constituciones y ordenanzas que se establecieron para un nuevo cuerpo, que en defensa de la patria ha erigido el amor español, para quitar y sacudir la opresion con que intentan violar estos dominios.*

1.<sup>a</sup> Primeramente se ha de observar como punto inviolable, que ninguno de los superiores que se elijan en el servicio, ó de nuevo se admitan, pueda recibir persona alguna que no sea español en lo honroso, desinteresado, fiel y obediente, las cuales cosas ha de jurar y prometer en honra de Dios, cuyo nombre es el que ensalza en este militar cuerpo para defensa de la fé si se ofreciese, en obsequio del monarca nuestro soberano, y á favor de la patria como buen político, para que así conste de este cuerpo de ley que es la divina, del rey que es nuestro venerado D. Carlos III, y patria que es nuestra España, que viva bajo la protección referida.

2.<sup>a</sup> Que á nuestra patrona y patron hemos de invocar en todos nuestros asuntos, consejos, juntas y deliberaciones para que así logremos el acierto de tan laudable fin.

3.<sup>a</sup> Que habiéndose establecido este honroso cuerpo con el principal objeto de abolir y quitar ciertos perjudiciales sugetos á la monarquía, se calle y cumpla lo que á la primera voz se profiera por uno de los superiores, siguiendo la acción y mandato de él como precepto inviolable, para lo que el superior que tome la voz deberá disparar un cohete con siete truenos, para que conocida la señal todos dejemos los sitios y puestos en que nos veamos, para ir á socorrer y defender nuestro establecimiento.

4.<sup>a</sup> Que así que levante la voz en público que será el decir viva el rey, viva España etc. se ponga pena de la vida al que no siga dentro y fuera para la proclamación, dándole por traidor al que no la vociferase.

5.<sup>a</sup> Que si por motivo de la voz ó alboroto que se causase, pensaren que es motin, tumulto ó cualquiera otro ruidoso estruendo, perjudicial á la quietud, y con este motivo se pusiese la tropa en arma, hiciesen prisiones ó cualesquiera otro estorbo á nuestro cuerpo, se manda que ninguno sea osado á usar armas de fuego para la defensa, antes bien con fraternal cariño los hemos de inducir al conocimiento de nuestra santa intención para que no nos perjudiquen nuestros proyectos, pero si cogiesen algunos presos y ni el agrado ni las ofertas puedan granjear la soltura, desde luego permitimos usar desde los medios mas suaves hasta los mas ásperos y violentos, con lo que se consiga la libertad de los presos.

6.<sup>a</sup> Que unánimes todos hemos de hacer juramento ante el Santísimo Sacramento de no descubrirnos, y aunque llegue el caso de quedar ó poner alguno preso sin que lo podamos liberrar, no ha de poder decir otra cosa que ni sabe ni tiene noticia de que haya cabeza ó partido para este ruido, sino que oyendo las voces y pareciéndole justas, siguiólas para sacudir la tiranía y violencia de habernos puesto á la francesa como franceses, bien entendido que serán de nuestra cuenta interin estuviese en la cárcel ó padeciendo, se le haya de mantener hijos, mujer y madre con toda la familia que tenga, para que este temor no nos acobarde á la empresa de guardar el silencio que es el norte de todo proyecto.

7.<sup>a</sup> Que si interin llega el caso, ó en el mismo lance, necesitan de algun socorro cualquiera de nuestros súbditos, se deberán entregar incontinenti por cualquiera de nosotros, para no dar lugar á que la necesidad obre acciones ruines, que pudieran perjudicar el honor de este cuerpo.

8.<sup>a</sup> Que cualquiera que cometa una acción de villano como de hurto, de forzar á que se nos agregasen con violencia, poner las manos en cualquier persona sagrada, mujer ó niño aunque sean de los contrarios (á quienes nuestro cuerpo llama perjudiciales), sea pasado por las armas, pues nuestro ánimo es solo que paguen dos con sus vidas las injurias y perjuicios cometidos, y solo á esto permitimos la violencia y mano airada para la consecución de este tan importante proyecto, quedándonos obligados á sostener lo que el reo castigado debía mantener.

9.<sup>a</sup> Que cualquiera que pruebe ser el primero que ejecutó el golpe de este tan importante asunto, se le premiará con todos los honores que correspondan á su carácter.

10.<sup>a</sup> Que si el rey nuestro Señor (que Dios guarde) atendiendo á las voces de nuestros clamores, se dignase condescender á ellas, dándoles destierro, privando de empleos ú otra sentencia al mismo fin, mandamos se conforme todo el cuerpo, y que mude todo el sistema en aclamaciones y viva el rey nuestro señor y su real familia, dejándolo todo sosegado.

11.<sup>a</sup> Que si por mal informado S. M. tanto de nuestros clamores como de los procedimientos injustos de las dos personas que referi-



remos á su tiempo, no condescendiese á nuestros ruegos, y tuviesemos que hacer la justicia por nuestra mano, mandamos que antes de ejecutarla se suplique al rey se deje ver á su amado pueblo, para que se conduela de la causa pública y de las justas que nos asisten para este honrado proceder; pero si los aduladores de los grandes y demas no quisiesen que el Rey nuestro Señor nos vea, mandamos no quede vida alguna de ellos que á los filos del acero no paguen su mal procedimiento ó traicion á la española gente.

12. Que á ninguno otro vecino se le perjudique en lo mas leve de una uña, pues cuando la urgencia nos precise á juntar gente, mandamos sea esto con mucho modo pidiendo las armas, y quien las use ya sea desde su casa ó acompañandonos á nuestras deliberaciones, y para este caso ha de preceder antes una junta general para lo que pueda haber mudado de semblante los acasos sucedidos.

13. Que las gentes inferiores y muchachos que levanten la voz, y que por sus malas crianzas pueden cometer algun esceso, mandamos se les soborne para evitarlo, pero si con todo sucediese, y que á estos no nos es honroso incluirles en nuestro cuerpo, ordenamos asimismo se satisfagan todos cuantos daños, insultos, robos, rapiñas etc. que hagan, pues la necesidad pide estos para instrumento y escitacion de los ánimos.

14. Que no se incluyan mujeres ni se admitan hasta el caso que por junta particular se determine.

15. Que cualquiera que cometa escándalo se le proiba continuar en nuestro cuerpo.

Y así establecidas nuestras ordenanzas lo que hemos de pedir se establezca: que sea la cabeza del marqués de Squilace, y si hubiere cooperado la del marqués de Grimaldi. Y así lo juramos ejecutar; fecha en Madrid á 12 de marzo de 1766.

En el dicho dia 23 de marzo, domingo de Ramos á la ora de las cinco de la tarde poco mas ó menos, se presentó un hombre con capa larga y sombrero gacho paseándose por la plazuela que llaman de Anton Martin, y paseándose por delante del cuartel de soldados inválidos que alli habia, salió el oficial y le dijo: "oye V. paisano, ¿no sabe V. la orden del rey?" le respondió que ya la sabia, y le volvió á replicar el oficial que supuesto que la sabia porque no la observaba y estaba de aquel trage? Le respondió con desembarazo el embozado que porque no le daba la gana; entonces el oficial procuró cumplir con la orden que tenia, y llamó á su tropa para que le asegurasen; salieron los soldados á la orden de su oficial. Entonces el dicho embozado sacó la espada y embistió con los soldados, y á un mismo tiempo dió un silbido, y salieron como unos treinta hombres con armas que ya estaban de atalaya; el oficial que vió esto mandó luego se retirasen sus soldados dejándoles el campo libre: entonces ellos viendo el retiro de la tropa se pusieron en ala, y encaminados por la calle de Atocha á cuantos encontraban, los hacian desaparecer los sombreros y llevarlos gachos, y que los siguiesen, y al que no queria de su voluntad era por fuerza sin distinguir de sugetos, y diciendo en voces altas: "viva el rey, y viva el rey, y viva España, y muera Squilace."

Continuaron de esta suerte hasta la plaza mayor, que se incorporó otra porcion de gente que venia por la calle de Toledo, que se habian incorporado en la plazuela de la Cebada, y llegando mas abajo de la puerta de Guadalajara, encontraron al duque de Medinaceli, caballero mayor del rey, que venia en su coche de palacio, hiciéronle detener diciéndole que volviese á Palacio, y dijese al rey que luego luego entregase la cabeza del marqués de Squilace, lo que luego tuvo que obedecer siguiéndole toda la turba, y de tanta gente unos que habian hecho seguir por la fuerza, y otros que se agregaron voluntariamente, entraron en la plaza de palacio con Medinaceli mas de tres mil hombres, siguiendo las propias voces y alboroto de "viva el rey, y viva España, y muera Squilace."

Ya el rey habia tenido el aviso del levantamiento, y antes que llegasen se habia retirado de la caza de la casa de campo. De tal suerte siguió el alboroto y tan ciega la gente,

sin respetar el sitio ni la tropa que estaba de guarnicion en el palacio, que atropellaron por todo, y obligó á cerrar las puertas; fue corriendo la voz y acrecentándose mas la gente; salió el capitan de guardias de corps duque de Arcos en nombre del rey diciendo que se sosegasen y retirasen que cuanto pidiesen se les concederia, pero no por eso lo hicieron, antes bien con mas griteria pedian la cabeza de Squilace; á lo que tuvo que retirarse dicho duque viendo la resolucion y lo que pedian.

Luego se dividieron en cuadrillas por la corte con las propias voces y exclamaciones con que empezaron, viniendo hasta mas de mil personas á la casa del marqués de Squilace que vivia en las Siete Chimeneas ó calle de las Infantas, donde entraron atropellándolo todo, pero con tanto orden que solo lo que encontraron que comer se llevaron sin tocar en nada á lo demas, si solo se apoderaron de la casa con el fin de ver si lo encontraban, y viendo que nó, hicieron pedazos las vidrieras; y intentaron el pegarla fuego.

Luego fueron á la casa del ministro de Estado marqués de Grimaldi, que estaba alli inmediato calle de San Miguel; aqui solo lo que hicieron fue el romperle las vidrieras.

Al mismo tiempo que por aqui pasaba esto estaba otro trozo de gente haciendo lo mismo en la casa del gobernador del consejo que era el Sr. Rojas, obispo de Cartagena, que vivia frente de las monjas de Sto. Domingo el real.

No contentos con esto fueron haciendo pedazos todos los faroles que habia para el alumbrado de las calles sin dejar ninguno, solo los que estaban en la jurisdiccion de la casa de Medinaceli, y diciendo: "esto que es disposicion de Squilace vaya abajo"; y á un mismo tiempo cuantos coches encontraban los hacian detener, y reconocian á quien iba dentro para lo que metian las hachas encendidas dentro y les decian que desapuntasen los sombreros y hasta los lacayos y cocheros, lo que hacian sin resistencia aunque fuese un embajador; continuó en esta forma hasta media noche sin hacer caso de la tropa que andaba repartida por las calles en piquetes, así de guardias de corps como de guardias españolas y walonas, que era lo que entonces se hallaba solo aqui, bien que tenian la orden de no moverse á nada, hasta que poco á poco se fueron retirando á sus casas.

Al otro dia siguiente por la mañana salió el paisanage haciendo el disimulado, todos con los sombreros á tres picos y toda la tropa repartida en piquetes por el palacio, calle Mayor, Puerta del Sol, que era donde concurría el mayor concurso, y plaza Mayor, pero en vez de retirarse viendo la disposicion de la tropa se fue acrecentando mas el concurso del pueblo, pero todos con la prevencion de piedras, palos y el que podia con armas, hasta que por último rompió el paisanaje con las propias voces del dia y noche antecedente, de viva el rey, y viva España, y muera Squilace, y que todos se pusieran los sombreros gachos, y fueron siguiendo la voz, de suerte que en breve tiempo se estendió por todo Madrid, y todos generalmente sin distincion de personas aunque fuesen en los coches habian de llevar el sombrero gacho.

Es de advertir tambien que el pueblo tenia un sumo odio á los soldados walones, por el caso que aconteció en la plaza del Retiro, cuando se hicieron las fiestas de la boda de la infanta Doña Maria Luisa con el duque de Toscana, en los fuegos artificiales que alli se hicieron, que con el motivo del mucho concurso y cuando salieron á formarse no entendieron de otro modo para apartar la gente que el dar palos y atropellar, de suerte que hasta 23 ó 24 personas quedaron alli muertas así de hombres como de mujeres, unos que se ahogaban y otros heridos con las bayonetas, sin los que salieron maltratados que fueron muchos mas, y esto no se dió satisfaccion al público en castigar á nadie;



con que con este motivo estaba el paisanaje deseando el venir á las manos con ellos, y al fin lo lograron valiéndose en esta ocasion, y pagaron los que no cooperaron en el delito, porque eran ya otro batallon el que se hallaba aqui en esta ocasion, y fue el caso que á eso de las 10 de la mañana como habia tanta concurrencia y alboroto junto al arco de palacio, no se sabe con que motivo ú orden dieron fuego á las armas un piquete de walones que alli estaban, bien que lo mas fue al aire, pero observaron que un soldado mató á una mujer y hirió á otra, y viendo esto se alborotaron de suerte que desbarataron el piquete á pedradas, y tuvieron forma de sacar al soldado y le mataron tambien á pedradas, y no contentos con esto le ataron y le trajeron arrastrando por la calle Mayor, Puerta del Sol, calle de las Carretas y calle de la Montera, y á la entrada de esta de Carretas habia un piquete de walones, y tan ciegos la turba que le llevaba que le pasaron dos ó tres veces por delante de ellos á fin de provocarlos, pero se contuvieron observando la órden que tenian de no moverse á nada aunque vieses ni oyese por no irritar mas, no obstante esto siguieron con el arrastrando por la calle de las Carretas arriba dando vuelta por la calle de Atocha, á la plaza mayor en donde habia otro piquete de walones, y hicieron lo mismo que en la Puerta del Sol y diciéndoles: ahí teneis á vuestro compañero; estos no tuvieron tanto sufrimiento ni el oficial que los mandó hacer fuego, y los paisanos que esto oyeron no por eso se retiraron, antes bien con gran denuedo se pusieron delante, y diciendo que tirasen y que caiga el que cayese que luego se verian con los que quedasen, y en efecto hicieron su descarga y murieron dos paisanos. Luego que vió esto la turba cargaron sobre ellos á pedradas y los desordenaron, porque tenian las piedras abundantes por estar empedrando la plaza: uno de los soldados se fue á meter entre el piquete de guardias españolas que tambien estaba á otro lado, no por eso le valió porque se le hicieron echar fuera, y luego inmediatamente le mataron á pedradas y á palos, y una cuadrilla que se juntó lo llevaron arrastrando hasta fuera de la puerta de Toledo, y alli buscaron leña para quemarle, aunque no pudieron enteramente por faltarle con qué; tal era el odio que los tenian. Otra porcion de gente que fue siguiendo á los demas mataron otros cuatro, dos en la calle de las Fuentes y los otros dos junto á la plazuela de Sto. Domingo, los demas pudieron salvarse por diferentes escondijos.

Llegó la tarde, y el pueblo mas alborotado, bien que no descuidaba el rey ni el gobierno en tomar providencia, porque desde luego enviaron postas para que viniesen los regimientos que estaban mas inmediatos, y así el consejo de Castilla como el de Guerra y muchos grandes se metieron en el palacio con el rey para celebrar consejo y dar las mejores providencias; y en fin resolvieron el salir de palacio el duque de Medinaceli y el duque de Arcos, escoltados con un piquete de guardias de corps; en nombre del rey por toda la calle Mayor hasta la Puerta del Sol suplicando al pueblo que se sosegase, que S. M. les concedería todo cuanto pidiesen con tal que diesen tres dias de término, respondieron que no, que en el dia habia de ser la respuesta, y que á no ser así que seria Troya Madrid aquella noche.

Salió luego un religioso de S. Gil, que era el que estaba destinado á predicar en plazas, llamado el P. Cuenca, con un santo-cristo en la mano y con soga al cuello, y una corona de espinas puesta en su cabeza, á ver si por este medio podia apaciguar, y llegó hasta la puerta de Guadalajara, y subiéndose á un balcon para predicar, no le dejaron seguir porque empezó luego la gritaria de la gente á decir: "padre, dejese de predicarnos, que somos cristianos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa."

El religioso los dijo que dijese lo que pedian, que él se

lo haria presente al rey, y que para esto que hablase uno en nombre de todos.

Se hallaba entre ellos y toda la turba uno con hábitos de clérigo, que no se sabia si era sacerdote, y dijo en voces altas al pueblo que si se convenian que él hablaria por todos, respondieron que sí; pidió papel y tintero, y formó seis capitulos que fueron los siguientes.

1.º Que el marqués de Squilace con toda su familia salgan desterrados de los dominios de España: 2.º Que los guardias walones salgan tambien de la corte: 3.º Que los ministros que haya de tener S. M. hayan de ser españoles: 4.º Que haya de andar el pueblo vestido segun su costumbre: 5.º Que la junta del abasto se quite, y se pongan los vi-veres por obligados: 6.º Que los bastimentos se bajen, y que para esto haya de salir S. M. y dar su palabra de cumplirlo.

Se los entregaron al religioso para que se los entregase al rey, habiendo primero leidoselos al pueblo y preguntado si era aquello lo que pedian, lo que todos se conformaron. Se volvió al palacio el religioso á dar cuenta de los dichos capitulos al rey, y de alli á gran rato volvió á salir diciendo: que S. M. concedia todo lo que pedian, pero que no era conveniente el que saliese, pues aunque tenia entera satisfaccion en sus vasallos, era esponderse, que en el apostolado siendo tan redudido hubo un Judas que vendió á Cristo nuestro bien. Pero no por esto se aquietaron, diciendo que no se convenian, que lo que querian era oír de su boca, empeñando su palabra real: se volvió el religioso segunda vez al palacio, y la gente con mas alboroto, de suerte que hasta las mujeres se metian entre la turba de los hombres, y diciéndoles que no se acobardasen, que mirasen que eran españoles.

Salieron luego tres alcaldes de corte con escribano y alguaciles, fijando carteles en que el rey mandaba se rebajasen dos cuartos en pan, tocino, aceite y jabon, pero luego que los ponian y aun delante de los alcaldes los quitaron, y diciendo que aquello era una porqueria que no era gracia segun lo subido que estaba, pues el pan comun valia á doce cuartos, la libra de tocino á 20 cuartos, la del aceite y jabon á 18 cuartos, y todo por el ministro y junta de abastos, y como tambien se decia querian poner cuatro cuartos mas en libra de carne que eran hasta 16, con que con esto y viendo la poca baja que hacian se empezó á alborotar de nuevo, y anunciando amenazas para aquella noche.

No se dejaba dentro del palacio el hacer sus juntas los consejeros, juntamente con los de gracia para las providencias que debian tomar, y ya tenian determinado el sujetar al pueblo á sangre y á fuego con la tropa que se hallaba en Madrid, y algunos cañones de artilleria que tambien habia; no tuvo efecto porque se opuso á ello el marqués de Sarria, coronel de guardias españolas y teniente general, y como buen español y afecto á sus patrienses le hizo presente al rey como no era conveniente ni acertado el dar semejante órden, pues era esponderse á mayor ruina, y que todos eran sus vasallos, y reprendió severamente á los que esforzaban mas esta providencia, que fueron principalmente el duque de Arcos, capitán de guardias de corps de la compañía española y teniente general, que no se mostró en esta ocasion el ser español; el otro el conde de Priego, coronel de guardias walones y tambien teniente general: de este no habia tanto que estrañar por ser francés.

Hasta que por última resolucion, y atendiendo á que mejor se conseguiria la quietud por bien que no con rigo, salió el rey á uno de los balcones de palacio, y dió la órden para que entrase la gente en la plaza de él, porque la tropa lo tenia acordonado; entró tal concurso que no cabian, pero siempre dándole al rey aclamaciones de viva. Salió tambien á otro balcon inmediato el religioso de S. Gil con



las capitulaciones que le dieron en la puerta de Guadalajara, y haciendo seña para que callasen fue de notar que siendo tanto el gentío se quedó tan en silencio que parecía no haber nadie; leyó en voz alta el religioso las capitulaciones, las que el rey concedió luego, y además que se bajarían cuatro cuartos en libra en los viveres, y que les daba su palabra de que todo se cumpliría como pedían, y esto en voz alta para que todos lo oyesen y se satisficiesen.

Luego inmediatamente que oyeron esto tiraban los sombreros de alegría con las aclamaciones de "viva el rey", y es de notar que serían como las 6 de la tarde cuando pasó esto, y á las siete ya estaba todo el pueblo tan sosegado y tranquilo como sino hubiese habido tal acaso, si no hubiese habido los muertos y heridos así de paisanos como de soldados walones, que esto no se pudo saber los que fueron porque tomaron la providencia de enterrarlos luego al instante que morían para que con su vista no irritasen mas.

Llegada que fue la noche se juntaron varias cuadrillas de hombres y mujeres, y algunas de ellas de las que se habían salido de la galera, pues llegó hasta esto que hicieron echar todas las que había, pero á las carceles no lo intentaron el llegar; en fin con hachas y con palmas que les hacían echar de los balcones á los que las tenían por las calles donde pasaban, y fueron al palacio de esta suerte dándole al rey los parabienes de viva, y luego por todas las calles hasta media noche; y con esto se vió en poco mas de 24 horas dos mutaciones contrarias: la noche antes de terror y espanto y en esta alegría, y mas habiendo habido bastantes muertos y heridos y que los mas murieron, y que solo por esto era regular que hubiera habido algunos lamentos; pero duró poco esta tranquilidad, porque al día siguiente, día de la anunciación de Nuestra Señora, y Encarnación del hijo de Dios que se contaba 25 de marzo, se volvió á levantar el pueblo nuevamente con mas vigor y atrevimiento, que fue de esta suerte.

(La conclusion el domingo próximo).

## RECUERDOS DE VIAJE (1).

### VII.

#### PARIS.



Es ciertamente la inmensidad de las calles, ni la belleza de los monumentos lo que mas admira el forastero cuando llega á pisar á París; es, sí, la animación y movimiento de su población, el espectáculo de su vida exterior, el contraste armonioso de tantas discordancias en costumbres, en ocupaciones, en caracteres; la constante lucha del trabajo con la miseria, del goce con el deseo; el pomposo alarde de la inteligencia humana, y el horizonte inmenso de placeres que el interés y la civilización han sabido estender hasta un término infinito.

Preciso es convenir, sin embargo, que muchas de las que se llaman comodidades de la vida parisiense, no son

otra cosa que medios inventados para destruir obstáculos, para satisfacer necesidades que en otros pueblos no existen; y que por lo tanto lo mas que consiguen es nivelarle con aquellos en cuanto á la satisfacción de tal ó tal necesidad; mas no por eso debe dejar de admirarse los ingeniosos métodos con que algunos de aquellos obstáculos están neutralizados. — La dificultad de la comunicación, por ejemplo, debería ser sin duda uno de los inconvenientes que ofreciera aquella capital; pues esta dificultad desaparece gracias á un servicio de correspondencia interior perfectamente organizado que permite comunicarse rápidamente por medio de multitud de estafetas colocadas en todos los barrios, y cuyas cartas se reparten de dos en dos horas. — La rigidez del clima en mucha parte del año debería tambien hacer poco frecuentadas las calles, y paralizar en gran parte el movimiento de la población; pero para ocurrir á este inconveniente, un sinnúmero de coches, berlinas, cabriolés de todas formas y gustos estacionados en las plazas y calles, están prontos á conducir á los que los alquilan por dias, por horas, ó por un viaje solo. Aun mas, los enormes faetones designados con los nombres de *Omnibus*, *Damas blancas*, *Favoritas*, *Bearnesas* &c., pudiendo contener cada uno de catorce á diez y seis personas, se han repartido modernamente todas las grandes líneas de la ciudad, y recorriéndolas constantemente de diez en diez minutos, van recogiendo al paso á todos los que gustan subir, y todavia le franquean correspondencia con otra línea, de suerte que por seis sueldos (unos nueve cuartos) que es el precio de cada viaje, pueden recorrerse distancias enormes con toda comodidad. — Para proporcionar paso entre dos calles principales, para dar mas estension al comercio y mas elegancia á la exposicion de la industria mercantil, se establecieron las bellísimas galerías cerradas de cristal (*passages*) de que ya cuenta París mas de trescientas, y al paso que de riquísimos bazares de comercio, sirven de grato recurso contra la intemperie y el bullicio de las calles. — La inmensa afluencia de forasteros y gentes valdías ha dado lugar á miles de posadas y fondas magnificas, donde se halla satisfecho desde el mas modesto deseo hasta el lujo mas desenfrenado; y la falta de la sociedad íntima (casi imposible en pueblo tan estenso y agitado), ha dado lugar á un sinnúmero de espectáculos públicos, ó mas bien á un espectáculo perpetuo para el que llega á faltar hasta el tiempo material. — Por último, una bien entendida policía, ejerciendo su continua vigilancia, garantiza la seguridad pública y privada, satisfaciendo de este modo otra necesidad indispensable en un pueblo en donde al lado del lujo mas asombroso, reina tambien la mas horrorosa miseria; al lado de las virtudes mas nobles toda la depravacion del crimen.

Hay en el idioma francés un verbo y un nombre que se aplican especialmente á la vida parisiense, y son el verbo *flaner*, y el adjetivo *flaneur*. No sé como traducir estas voces, porque no hallo equivalente en nuestra lengua ni significado propio en nuestras costumbres; pero usando de rodeos diré que en francés *flaner*, quiere decir: "andar curioso de calle en calle y de tienda en tienda", y ya se vé que el que tratara de *flanear* largo rato por la calle Mayor ó la de la Montera, muy luego daria por satisfecha su curiosidad, por que en un pueblo sin industria propia, y que tiene que importar del extranjero la mayor parte de los objetos, debe ser reducido el acopio de ellos, y no dar materia á una prolongada contemplación. — París por el contrario es el mas grande almacén de la moda, la fábrica principal del lujo europeo, y en sus innumerables tiendas vienen á reunirse diariamente todos los adelantos, todos los caprichos de las artes bellas y mecánicas; de suerte que por muy exigente que quiera ser la imaginación del espectador, todavia puede estar seguro de verla sobrepajada

(1) Véanse los anteriores artículos en los siete últimos números del Semanario.



por la realidad; todavía se le presentarán objetos de tal primor que no hubiera imaginado en sus mas caprichosos ensueños.

Esta actividad de la industria, este poderoso estímulo del interés ha dado también ocasion á otra especialidad propia de París, que consiste en el arte, ó mas bien la coquería con que todos aquellos objetos están espuestos al público en las portadas de las tiendas; gracia singular de que con ligeras escepciones carecen todavía las nuestras, y aun las riquísimas de Londres pretenden en vano disputar. — La necesidad de fijar obligadamente la vista del rápido transeunte, y de decidir su voluntad fluctuamente entre millares de objetos, establece entre ellas una lucha ó rivalidad perpetua, de que viene á resultar un magnífico golpe de vista.

No basta solo al mercader parisiense ocupar con su surtido almacén todos los pisos de una casa; no le basta enriquecer su portada con decoraciones magníficas ó estravagantes, adornar su entrada con elegantes puertas de bronce y con cristales de una dimension y diafanidad prodigiosas; no le basta señalarle á la curiosidad con enormes y simbólicas enseñas, é iluminarle de noche con un gran número de mecheros de gas; es preciso también que sepa colocar diestramente en los ricos aparadores de su entrada todos los mas bellos objetos de su surtido, presentados bajo su mejor punto de luz, y pendientes de cada uno de ellos sendas targetas con su precio respectivo. — ¿Qué no inventa el capricho y el interés combinados para atraer por un instante la fugaz vista del pasajero; para despertar en él deseos que de otro modo no le hubieran ocurrido jamás! — La rica joyería le ofrece una multitud de alhajas que bastarian á agotar el tesoro de un monarca, y al lado de las mas preciosas materias, el arte le presenta su perfecta imitacion; pero con tan superior maestría que solo puede convencerse de ella el que lo mira, cuando á un lado puede leer el letrado que dice: "*oro, plata, diamantes*", y en el otro "*imitacion de oro, plata y diamantes*." — Una relojería para estar allí decentemente adornada, necesita ostentar á la vista 400 ó 500 relojes de oro, de valor de doscientos á mil francos cada uno; y las fábricas de péndolas de bronce y mármoles las presentan también por centenares, de todos los tamaños, y de la mas rara perfeccion. — Los anteojeros y fabricantes de instrumentos físicos, despliegan tal riqueza, que parece imposible que el poseedor de aquel capital tenga necesidad de trabajar mas; una *paperie* es un bellissimo museo de curiosidades en objetos de escritorio, en carteras, albums, encuadernaciones y grabados; una tienda de música es un verdadero concierto de bellísimos instrumentos, lindos libros de canto y preciosas viñetas litográficas; las librerías y gabinetes de lectura pueden llamarse bibliotecas, habiéndolas que cuentan con un surtido de cien mil y mas volúmenes en todas lenguas aun las mas estrañas, y el inmenso acopio de las nuevas publicaciones del dia: una tienda de sastrería presenta tan asombroso surtido de ropas liechas, que pudiera bastar á un regimiento entero, y además en graciosos manequis del tamaño natural ofrece á la vista el corte mas moderno de aquellos trajes; un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demás muebles de tocador, coloca bellísimas y espresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, y en sus gracias perpetuas la moda de todos los tiempos, la hermosura; un fabricante de pieles no se contenta con presentar tras de sus cristales las muestras de aquellas, sino los mismos animales que las usan, un tigre, un leon, una pantera, perfectamente empajados, y que con su aptitud imponente y su desaparecible verdad, causan miedo al que desapercibido los mira por primera vez; un zapatero, un sombrerero, una fábrica

de guantes saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la estravagancia; toda ponderacion es poca para pintar el grado de belleza y ostentacion que esplayan los almacenes de muebles, y los de sederías, algodones y lienzo, la riqueza de sus chales de cachemira, y la inmensidad de piezas de telas de cuantos gustos y caprichos puede inventar la imaginacion; y sería también atormentarla el seguir en sus diversas fazes la instable variedad de la moda que en sombrerillos y prendidos, camisas, flores y bordados presentan á cada paso y á cada hora las innumerables tiendas de modistas y costureras; — pero ¿qué mas? — Hasta los comercios mas modestos, el *especiero* por ejemplo, (tipo especial de París que tiene parte de nuestros lonjistas de nuestros drogueros y almacenes de ultramarinos y mas que todos reunidos), sabe disponer con una gracia seductora á la puerta de su almacén los variados frutos que forman su comercio, las naranjas y manzanas, los caracoles, las ostras y cocos en elegantes pilas de cesped, los líquidos en bellísimas vasijas de mil colores, las sólidas en graciosos azafates de mil formas: el confitero, verdadero artista escultor, trabaja su artefactos con la misma conciencia que aquel sus bellas estatuas, y en sus manos lo humilde de la materia desaparece ante lo magnífico de la forma; los pasteleros con igual destreza saben unir la belleza exterior con la realidad de la sustancia; los innumerables fondistas presentan en sus aparadores todo el primor del arte culinario, aplicado á los mas sabrosos productos naturales de todos los pueblos: por último hasta los panaderos y carniceros disponen de tras de los cristales sus sólidas mercancías, con una limpieza, con una armonía tal de colocacion que destierra de todo punto cualquier idea de repugnancia.

Pero hay sobre todo un género de comercio en París con el que en vano pretenderian competir los mas industriales pueblos de Europa, y este comercio es el del inmenso ramo de objetos de lujo y de necesidad formados de todas materias, conocido con el nombre de *bijouterie*. En estos almacenes es donde realmente queda sorprendida la imaginacion, al ver la multitud de formas delicadas que todos los metales, todas las maderas, el marfil, la concha, el barro, el yeso y el cristal y porcelana reciben en manos del artista francés. Toda la Europa y América lo saben, porque toda la Europa y América son en este punto tributarios de las modas de París; pero es preciso contemplarlo de cerca, penetrar en las casas de *Susse*, *Giroux* y otros nombres infinitos harto conocidos, recorrer sus salones cubiertos de preciosísimos objetos; contemplar las graciosas caricaturas de yeso y de barro por Dantan, las bellas estatuas de bronce y de mármol que reproducen á todos los personajes célebres, desde el emperador Napoleon, hasta el cantor Rubini ó la bailarina Taglioni; los innumerables artículos de estuches ó *necessaires*, tocadores, juegos, dijes y chucherías, y admirar en fin el ingenio y la industria humana que han llegado á hacer necesarias tan magníficas superfluidades.

Añádase á este brillante primor de las tiendas, que detras de aquellas cristalerías y por entre los ligeros espacios que permiten tan varios objetos, á la luz de cien mecheros de gas reflejados en cien espejos que cubren las paredes y estanterías, sentadas en elegantes sillones, ó paseando detras de los inmensos mostradores, os esta acechando una falange de seductoras *sirenas* (estilo antiguo) ó ya sea hasta una docena de mujeres *fatales* (estilo moderno) ricamente ataviadas, como para una *soirée*, bellamente prendidas, y contando además con una buena porción de gracias juveniles, de amabilidad y destreza mercantil. Y aquí me parece del caso hacer otro paréntesis, para el que pido de antemano la venia de mis lectores.

Esta utilidad, ó llámase explotacion del trabajo mugeril, es uno de los extremos en que las costumbres francesas



se apartan notablemente de las nuestras. La galantería y la susceptibilidad españolas, no suelen avenirse bien con la idea de hacer de la mujer un compañero en el trabajo, y menos aun con la de servirse de su atractivo como de un medio de especulación. Bajo este aspecto nuestras mujeres son mas dichosas, si dicha puede llamarse el estar reducidas á una condicion pasiva, aunque rodeadas de una cierta aureola de adoración. Mas mirado por otro lado no deja de tener grandes inconvenientes nuestro sistema; inconvenientes que redundan en perjuicio de la sociedad, y que la misma mujer es la primera á sentir.

En primer lugar, eliminando casi del trabajo á una mitad de la poblacion, queda reducida esta cuando menos á una mitad de productos. Lo probaremos por un ejemplo. Un mercader v. g. que por un principio de delicadeza no quiere colocar á su mujer detras del mostrador, tiene que poner en su lugar dos mancebos; pérdida material para el comerciante, y pérdida para la sociedad, porque aquellos jóvenes reducidos á un trabajo insignificante, dejan de dedicarse á otro mas útil que requiera la inteligencia ó la fuerza. Las mujeres que debieran reemplazarlos en este destino mas análogo á su delicadeza y al género de su talento, no encuentran tampoco ocupacion para el suyo, ó tienen que contentarse con una escasa retribucion á cambio de terribles fatigas, y he aquí otra pérdida para el sexo en general. — Por otro lado, un negociante, un fabricante, un propietario, asociando decorosamente su mujer á sus trabajos, la inspira mas interés por la sociedad comun; desenvuelve en ella el instinto del cálculo; entretiene su activa imaginacion, y la hace por consecuencia menos propia á las seducciones, y mas enemiga del lujo y los placeres.

El interés de la mujer está tambien en recibir un género de educacion que la predispone al trabajo, que dobla su valor, y que la emancipa, si ella quiere, de la tiranía del hombre, y de las fuertes cadenas de la seducción. Y no se asusten nuestras damas meridionales con estas ideas, que son las que rigen en todo el norte de Europa y América. El trabajo, la ocupacion es la mas agradable compañía; la instrucción, la mas sólida dote, y la importancia social que reciben con ambas en nada perjudica al entusiasmo que sus gracias personales pueden inspirar. Los lores ingleses y los hacendados anglo-americanos suelen pagar á sus hijas las labores, cuyo importe suelen reunir para hacerlas el regalo nupcial; los comerciantes alemanes y holandeses asocian á sus mujeres á los trabajos de su bufete, y los franceses las colocan al frente de sus fábricas y de sus haciendas. Pero sin salir de nuestra España: en Bilbao, por ejemplo, recuerdo haber visto á señoritas de las principales casas de comercio, llevar los libros de caja con singular perfeccion, y á sus madres bajar al zaguán á recibir los importantes cargamentos, y disponer su colocacion en los almacenes; y nótese tambien que Bilbao es uno de los pueblos de España donde las costumbres son mas puras, la inteligencia mas activa, y mas importante la riqueza.

Permítaseme este ligero episodio en favor (aunque ellas no lo crean así) de nuestras amables paisanas, muchas de las cuales por fruto de un mal entendido método de educacion, suelen estar reducidas á calcular su importancia por el mayor ó menor caudal de sus gracias físicas, á verla desaparecer del todo con aquellas, y á quedar reducidas cuándo viudas, cuándo huérfanas, cuándo viejas ó desgraciadas de figura, á implorar la compasion de un seductor, ó á ganar la mísera existencia con un mezquino trabajo apenas recompensado.

Volvamos á París donde un sinnúmero de mujeres encuentran ocupacion regentando las tiendas, y llevando los asientos con tan rara inteligencia, que no puede menos de redundar en beneficio de los dueños que las emplean. — To-

dos nuestros cepillados mancebos de las tiendas de las calles del Carmen y la Montera, todos los vetustos dependientes de la calle de Postas y bajada de Sta. Cruz, son nnos miserables autómatas sin vida al lado de la mas insignificante muchacha de las calles *Fivienne* y *Richelieu*. — Su gracia persuasiva, el aplomo y destreza con que saben entablar y seguir la mas enredada polémica sobre el mérito de sus mercancías, sobre la baratura de su precio, sobre la necesidad de su uso, es para desconcertar al hombre mas exigente ó desdenoso, y ¡desdichado de él, si seducido por cualquiera de los objetos que mira á la puerta llega á salvar sus umbrales, y penetrar en el sagrado recinto de aquellas encantadoras!; porque no le valdrá decir que se ha equivocado, que no es allí donde se dirijia, que no es aquello lo que buscaba; que su precio es escusivo, ó que no le conviene en fin, por cualquier razon; pues no bien lo habrá acabado de decir cuando le desplegarán rápidamente á la vista otra infinidad de objetos análogos, de mas ó menos valor, de diversa ó semejante forma, de distinto ó el mismo color, y todos los gustos, en fin, incluso el suyo. Si se les hace caro, le probarán aritméticamente que vale el doble; si no lleva dinero encima, se lo enviarán á su casa en un elegante paquete; y si ha entrado, por ejemplo, á comprar un par de guantes, acabará por decidirse á comprar unas camisas, ó *vice-versa*. — La misma amabilidad, la misma delicadeza, la misma coquetería con las damas que con los hombres; la misma solicitud para mostrarles todos los objetos del almacén; sin temer comprometer su delicado talle subiendo una escalera para alcanzar un paquete; sin descomponer su prendido pasando y repasando cien veces por bajo del mostrador. Y en medio de esta actividad á la vista de sus gefes, siendo siempre el objeto de las espresivas miradas de los *flâneurs* parados delante de los cristales, sostienen sin interrupcion el diálogo con el recalcitrante comprador, y aun saben conservar una sangre fría que desconcierta á los temerarios, y seduce á los indiferentes. — Muchas veces, es verdad, cuando estan solas aparentando leer el *Constitucional* ó el *Siglo*, suelen asomar por bajo de sus políticas columnas los ingeniosos cuentos del favorito *Paul de Kook*; pero las ideas que estas lecturas despiertan, no vienen á formularse en ellas hasta el domingo próximo, que acompañadas de sus galanes van á reirse con entusiasmo con los chistes del arlequin del Circo, ó á llorar amargamente y comer naranjas en los sanguinolentos dramas del teatro de la *Alegria* (*Gaite*).

El espectáculo, sobre todo, de las galerías del Palacio Real, de los Pasages y Baluartes con sus innumerables tiendas, luces y movimiento, es sin disputa el mas grande, el mas bello y seductor que llama la atencion del forastero en aquella capital, y á su lado vienen á ser poca cosa los espectáculos parciales, los aislados episodios por grandes y magníficos que sean. — Desde los almacenes engastados en oro y pedrerías hasta el mercader ambulante, que en el rincón de una calle ó en el atrio de un edificio establece su comercio de mil objetos heterogéneos, todos á 25 sueldos (cinco reales) cada uno; desde los magníficos almacenes de víveres hasta los surtidos mercados especiales de carnes, pescados, trigos, frutas y verduras; desde los mas ricos artefactos, hasta los mas mínimos caprichos; desde el diamante, cuyo peso solo puede sostener una corona, hasta la caja de palillos ó fósforos que os entrega un mendigo á cambio de una limosna disimuladamente solicitada, todo está dominado por un mismo impulso, todo es nacido de un mismo deseo, el de adivinar los caprichos y necesidades del hombre para brindarle su satisfaccion á trueque del dorado metal. — Y allá van á reducirse y disolverse los grandes capitales, los trabajosos ahorros. — El príncipe austriaco ó moscovita; el comerciante holandés; el grande de Es-



paña; el artista italiano; el lord inglés, y el hacendado de la Union, todos contribuyen poderosamente á mantener aquel inmenso taller de la industria parisiense, como prueban muy bien los numerosos paquetes de cédulas de todos los bancos del mundo, los profundos sacos de monedas de oro con la efígie de todos los soberanos, que con gran pena de los mirones ostentan detras de sus enrejados las muchísimas casas de cambiadores.

Un viaje á París no es dispendioso por el gasto material para la existencia (de que mas adelante hablaremos), ni aun tampoco por el que ocasionan los diferentes espectáculos que se brindan á la curiosidad. Puede serlo, y lo es en efecto, por las nuevas necesidades que despierta, los deseos exagerados que la vista de tantos objetos viene á producir; y si el viajero es de un país como el nuestro en donde la industria y el arte mercantil estan poco avanzados, puede esponerse á ver fallidos sus cálculos, sino sabe sobreponerse á las tentaciones, y cerrar los ojos á tiempo; seguro como debe estarlo de que si dá rienda suelta á sus deseos, no por eso conseguirá satisfacerlos ni aun templarlos, mas que sea un gran potentado, porque por muchos que sean sus recursos, nunca bastarán á satisfacer los antojos que á cada paso le asaltarán: por bellos que sean los objetos que adquiera, no dará un paso sin encontrar con

otros mil veces mejores; por mucha que sea su inteligencia, no por eso crea que dejará de ser engañado mejor. — Sobre todo, aconsejaria al recién llegado á París que en los primeros dias procure no comprar nada, hasta que bien enterado de las diversas fabricaciones, pueda dirigirse para su adquisicion á los sitios mas propios; desconfie sobre todo de los magníficos almacenes del Palacio Real y Galerías, donde el precio de los objetos suele estar recargado para pagar el crecido alquiler de las tiendas: no crea tampoco las innumerables protestas y encomios de las muestras, carteles, diarios, listas y targetas que á cada paso le entregarán por las calles; que se haga en fin acompañar por algun sugeto práctico en estos negocios; pues de lo contrario corre peligro de ser victima de su inesperienza, y de vuelta á su país, ó habrá gastado el doble, ó habrá gozado la mitad.

La vida del extranjero en París, sus visitas á los establecimientos públicos, el ligero bosquejo sobre el carácter y modo de existencia de los habitantes de aquella capital, y el halagüeño cuadro de sus espectáculos y placeres, materia son para largos volúmenes, pero que habremos de encerrar brevemente en los artículos sucesivos.

EL CURICSO PARLANTE.

## ESPAÑA PINTORESCA.



(Entrada antigua de Benavente).